

| CAPÍTULO 3 |

La comunidad gallega en Buenos Aires: ¿identidad étnico-regional, españolismo o integración? (1900-1960)

Ruy Farías

Introducción

Como señaló hace ya tiempo Arnd Schneider (2000) con relación al caso argentino, cualquier análisis a propósito de la inclusión o exclusión de un determinado colectivo extranjero de la “construcción de la nación de inmigrantes” debe tomar en cuenta la percepción de continuidad y discontinuidad de las afiliaciones étnicas y nacionales dentro de ese grupo. Entre 1857 y 1930, algo más de 2.000.000 de españoles llegaron al país austral, mientras que otros 237.000 lo harían durante la “última oleada migratoria” (1946-1960). No obstante, dentro del total hispano los migrantes nacidos en Galicia representaron una mayoría superlativa, alrededor del 50% del total, proporción que hizo de ellos, a su vez, aproximadamente un 17% de los europeos ingresados por el puerto de Buenos Aires, el colectivo étnico-regional foráneo más numeroso en la Argentina.⁴³

Desde comienzos de la pasada centuria, esa enorme presencia fue además “amplificada” tanto por su patrón de asentamiento, muy concentrado en la capital y su periferia, como por una inserción socio-

⁴³Las cifras y los porcentajes fueron extraídos de Villares, Fernández (1996), Moya (2004) y Vázquez González (2011).

profesional que a menudo –aunque no siempre– se verificó en ocupaciones altamente visibles del sector terciario de la economía.⁴⁴ Esto, si bien hizo que los rasgos positivos y negativos de su estereotipada imagen gozaran de una amplia difusión en el imaginario colectivo de la sociedad receptora,⁴⁵ no bastó, sin embargo, para que alcanzasen un lugar equivalente en los relatos constitutivos de la identidad nacional argentina, o en una imagen plural de la argentinidad.⁴⁶ Persiguiendo su propia legitimación, las élites de la colectividad –políticas, económicas, culturales– buscaron afanosamente un lugar en ese relato, pero dicha empresa parece haber sido más efectiva para el consumo interno de la comunidad galaica que en el ámbito de la sociedad de acogida, donde la imagen del “gallego bruto” no sólo se consolidó sino que, ya en la segunda mitad del siglo, acabó cristalizando gráficamente en el popular “Manolito” de la historieta *Mafalda*.

Mientras, por otra parte, la dirigencia étnica y los elementos más brillantes de la emigración y el exilio gallego propulsaron una vasta obra de vindicación y enaltecimiento de la identidad y cultura de su tierra, plasmada en la creación o recreación de tradiciones y símbolos, usos y costumbres, rituales, fiestas, monumentos y toponimia, así como en el desarrollo de la prensa, la radio y el teatro étnicos, y de una vasta producción literaria en lengua gallega, entre otros ítems. En las páginas que siguen abordaremos algunos de aspectos de esa

⁴⁴Una mirada de conjunto sobre los patrones residenciales e integración económica de los gallegos en Argentina, en Núñez Seixas (2007).

⁴⁵Acerca de la imagen de los gallegos en Argentina, vid. Núñez Seixas (2002) y Lojo et al. (2008).

⁴⁶Al respecto, ver el análisis de Balsas (2013) sobre su presencia escueta, parcial e inexacta en los manuales escolares argentinos.

producción, a fin de reflexionar acerca de su posible influencia en la identidad de los gallegos que moraron en la urbe porteña.

Patriotismo español e imagen social de los gallegos en Buenos Aires

Los hombres de Estado y ensayistas políticos que a mediados del 1800 buscaron poblar el territorio argentino con europeos anglosajones, germanos, franceses, etc., acabaron por descubrir que la mayoría de los recién llegados eran en realidad originarios del sur del Viejo Continente y, en una abrumadora proporción, italianos y españoles. Ante esta inesperada realidad adoptaron una actitud xenófoba, reflejada en una legislación restrictiva y en la glorificación de los valores culturales del gaucho y los descendientes de la colonia española (Quijada et al, 2000). No obstante, si bien existieron rasgos conflictivos dentro del proceso migratorio (particularmente visibles a comienzos del siglo XX), éstos nunca llegaron a poner en entredicho el papel fundamental que esos migrantes jugaban para el progreso y la modernización del país dentro del relato político de la nación (Grimson, 1999).

El caso argentino, además, no presenta una simple (aunque cambiante) oposición entre nativos e inmigrantes, sino un cuadro complejo y estratificado entre aquellos a los que se consideró centrales en términos de composición étnica para la construcción de la nación, y quienes fueron vistos como marginales a ésta. En ese proceso histórico, la otredad no se desvaneció: fue cambiando sus líneas de demarcación.⁴⁷ En el caso particular de los españoles, la característica permanente de las actitudes del país anfitrión fue la ambivalencia.

⁴⁷Una “tipología tentativa para la construcción de la diferencia en la Argentina moderna”, en Schneider (2000).

Ellos representaban al “grupo fundador”, el que había proporcionado la cultura original; eran “primos”, pero también recién llegados “incultos”, extranjeros, “extraños” (Moya, 2004). No obstante, el hecho de tener que “conformarse” con los flujos procedentes del sur de Europa hizo que, a partir del último cuarto del siglo XIX, se produjese entre las élites criollas una cierta revalorización de esa inmigración peninsular, evolución que discurrió en paralelo con la recuperación del legado cultural hispano, la reinterpretación del papel jugado por España en América y el influjo intelectual del hispanoamericanismo regeneracionista (Prado, 2008). Los temores hacia los peligros no previstos de la inmigración masiva se dirigieron contra los contingentes alófonos, cuya disposición y capacidad de asimilación se pusieron en entredicho. De tal modo, los “indeseables” fueron los “turcos” (fundamentalmente, sirio-libaneses) o los “rusos” (judíos de Europa central y oriental), mientras que de los españoles se apreció su mayor facilidad para integrarse en la sociedad argentina, debido al hecho de compartir –en teoría– un mismo idioma, una civilización y una religión. Hacia 1910 ya eran vistos como un contrapeso de esos grupos y, particularmente, del mayoritario contingente italiano (Núñez Seixas, 2014a). Con todo, el “redescubrimiento” de España y la reinterpretación de la *Hispanidad* (afirmada en la idea de la existencia de una continuidad cultural hispana en América) no siempre implicaron una aceptación del español corriente, real, que moraba en la Argentina contemporánea.

Paralelamente, a partir del último tramo del siglo XIX –y de manera particularmente intensa, en la primera década del XX– la colectividad hispana vivió un proceso de reactivación del sentimiento de patria y de pertenencia nacional que, aunque motorizado por una reducida élite económica y profesional, logró superar los límites de las

conciencias individuales y alcanzar una genuina dimensión de grupo (Duarte, 1998). La agitación nacionalista que emergió al amparo de la Guerra de Cuba e Hispanoestadounidense (1895-1898), transformó la preocupación por España en un tema recurrente en la vida pública de la colectividad. Desde ese momento, la identidad peninsular –estimulada en términos más o menos castizos– operó como una especie de mínimo común denominador de las diversas y contrapuestas culturas políticas en litigio (republicana, tradicionalista, liberal, regionalistas) y de sus efectos disolventes para la cohesión intraespañola.⁴⁸ El discurso patriótico *español* (centralista) se diseminó a través de la tribuna, la prensa y los órganos societarios. Fue, por ejemplo, el caso de la Asociación Patriótica Española (nacida en 1896), en cuya revista –editada a partir de 1903– abundaron los artículos firmados por intelectuales y políticos argentinos y españoles de gran prestigio. Sin embargo, los ámbitos de difusión de argumentos con los cuales fomentar la cohesión étnica tuvieron otros carriles menos explícitos, pero tal vez tanto o más efectivos que los antedichos. En tal sentido, es necesario referirse también a la importante labor que a partir de 1914 cumplió la Institución Cultural Española de Buenos Aires (ICE). Concebida como ámbito de irradiación del potencial científico español, y merced a la calidad de los científicos y académicos españoles que pasaron por ella, contribuyó a aventar la idea de que todo lo procedente de España era arcaico o reaccionario. Pero además, llevó a cabo sus tareas en un con-

⁴⁸Empero, resulta inexacto hablar de una “identidad nacional española” como algo homogéneo, pues a lo largo del siglo XX ésta fue objeto de distintas interpretaciones. El estallido de los debates en el seno de las élites políticas e intelectuales peninsulares a propósito de la misma, se encuentra ligado al “desastre del 98” y a la “introspección” a la que dio lugar. Un análisis de este fenómeno, en Álvarez Junco et al (2013). Sobre las diferentes variantes del nacionalismo español, vid. Núñez Seixas (1995).

texto de clara reivindicación de la tradición hispánica, y esas mismas personalidades convirtieron sus clases y conferencias en otras tantas tribunas del nacionalismo español (Campomar, 2009).

Aunque nuestro conocimiento acerca de la cultura política e identitaria hispana en Argentina para las décadas posteriores al año 1910 resulta endeble, es posible señalar que la estrategia desplegada por la élite de la colonia española en el país (que alcanzó su apogeo durante la tercera década del siglo XX) no bastó, sin embargo, para ocultar los desafíos que por entonces surgieron desde dentro de la propia colectividad. Por un lado, la perenne falta de unidad de acción, donde las disputas internas, la fragmentación asociativa y las luchas por el liderazgo entre las distintas asociaciones y grupos organizados fueron constantes.⁴⁹ Por el otro, el hecho de que en la misma península el españolismo se moldeó en el fragor de una constante pugna con movimientos nacionalistas subestatales catalán, vasco y gallego, lucha que a partir de 1900 se trasladó a la colectividad rioplatense, merced a la llegada de migrantes y activistas identificados con esas ideologías, que actuaron a través de los centros regionales de mutualidad y recreo ya existentes. A partir de entonces, la identidad “nacional” española debió lidiar con otras “regionales”. Sin bien éstas distaron (y distarían en el futuro) de ganarse a la mayoría de los inmigrantes vascos, catalanes o gallegos agrupados en torno a aquellos, en los años del Centenario argentino su irrupción empezó a provocar fracturas dentro de la colectividad hispana que se superponían a las que ya cau-

⁴⁹Sobre las características de los liderazgos étnicos hispanos en Argentina entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, véanse los trabajos reunidos en Bernasconi, Frid (2006) y García Sebastiani (2011).

saban las diferencias entre republicanos y monárquicos, y a las que se daban entre todos ellos y los adheridos a la causa del movimiento obrero local (Núñez Seixas, 2014a).

En paralelo a lo anterior, persistían en la consideración de la sociedad receptora claras jerarquías regionales, siendo los originarios del País Vasco, Cataluña y Castilla mucho más apreciados que los de Galicia o Andalucía. Aunque el uso peyorativo del gentilicio *gallego* puede rastrearse hasta los tiempos tardocoloniales, esa connotación despectiva se *reactualizó* durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX debido a la llegada masiva de campesinos galaicos mayormente analfabetos o semianalfabetos que, al desempeñar en una elevada proporción una serie de ocupaciones en el sector terciario urbano de gran exposición al público, se hacían notar aún más. Además, fue probablemente el único colectivo que se sintió agraviado y despreciado por partida doble, tanto por los nativos como por el resto de sus (teóricos) compatriotas españoles. En cualquier caso, muchas de esas imágenes estereotipadas acabaron siendo apropiadas por buena parte de los migrantes galaicos, lo que en ocasiones provocó la reacción de las élites y los sectores políticamente más concientizados. Éstos, a fin de contrarrestar esos prejuicios negativos, elaboraron un mensaje substitutorio y autojustificador, una imagen del *buen inmigrante* en la que el gallego venía a ser un trabajador constante, esforzado, frugal, honrado, modesto, humilde e implícitamente sumiso. Además, apuntaron a una reivindicación de la inmigración desde Galicia como “punta de lanza” para la defensa de esa *Hispanidad* supuestamente amenazada por la marea de inmigrantes italianos, construcción según la cual ellos habrían sido quienes más contribuyeron a la “reespañolización” de Buenos Aires en un sentido cultural y lingüístico (lo que ocluía de for-

ma palmaria el hecho de que una buena parte del grupo poseía un dominio muy limitado del castellano al momento de desembarcar), exaltando –de paso– el origen común que los uniría con el pueblo argentino. Con todo, al igual que entre la generalidad de los migrantes hispanos, lo usual no era el ataque sino la auto-alabanza de las glorias y virtudes propias, resaltando las particulares contribuciones de Galicia a la historia, ciencia y progreso de España o América, y la exaltación de aquellos personajes de origen gallego que alcanzaban notoriedad (con excepción de los anarquistas). La imagen de hombre de origen humilde pero que se hace a sí mismo y triunfa merced a su tesón, aplicación y esfuerzo, pretendió mostrar que no eran tan ignorantes como los describían los estereotipos populares. Idéntica finalidad tuvo la publicidad de su valía colectiva, expresada a través de las instituciones étnicas y mediante la ejemplar actuación mutualista y cultural de las mismas. Finalmente, una estrategia complementaria consistió en la revalorización del papel de los gallegos en la historia argentina a partir de la apelación de aquellos episodios poco conflictivos con la mitología histórica del país, incluyendo la exaltación de las contribuciones galaicas a su independencia o grandeza, la ascendencia gallega de los argentinos ilustres, etc. (Núñez Seixas, 2002).

Mas, a pesar de lo anterior, los prejuicios existentes a comienzos del siglo XX parecen haber continuado gozando de buena salud entre las décadas de 1930 y 1960. Al menos así lo sugieren algunas sonadas protestas de las instituciones gallegas más concientizadas (Núñez Seixas, 2002), o las memorias y autobiografías ambientadas en ese marco temporal, que reflejan un sentimiento de constante minusvaloración del colectivo (Iglesias López, 2007).

El asociacionismo étnico y la identidad que se expresa en la fiesta popular

Si bien los gallegos conformaron en la Argentina un grupo dotado de una identidad cultural propia,⁵⁰ ésta experimentó al mismo tiempo un proceso de transformación a partir del contacto con el nuevo medio y su cultura (la criolla y la de los otros colectivos inmigrantes que allí se afincaron). Por otra parte, su integración en la magmática sociedad receptora parece haberse llevado a cabo sin grandes complicaciones. Como se desprende del estudio de algunos indicadores clásicos del modelo de Milton M. Gordon (1964), no parecen haber existido entre ellos actitudes de segregación respecto de la sociedad de acogida y/u otros grupos migrantes. Su patrón residencial carente de barrios étnicos, una inserción socioprofesional por lo general verificada (más allá de la existencia de ciertos “nichos laborales” específicos) en los mismos oficios y lugares que los argentinos y demás extranjeros, y el hecho de que sólo una minoría (en torno al 25%) formó parte de las instituciones étnicas galaicas o panhispánicas, demostrarían su voluntad de integrarse en la sociedad de acogida.⁵¹

Precisamente, el estudio del asociacionismo étnico constituye una interesante opción a la hora de aproximarnos al tema de su identidad. Los gallegos desarrollaron en Argentina prácticamente todas sus posibilidades, combinando la procedencia geográfica (regional,

⁵⁰La bibliografía sobre la identidad histórica y cultural diferenciada de Galicia dentro del conjunto de los pueblos ibéricos resulta sumamente amplia. Para una mirada sintética del tema, ver Villares (2001).

⁵¹Tan sólo en la conducta matrimonial de la primera generación de migrantes, y bajo ciertas condiciones, parece haber existido una tendencia del grupo a cerrarse sobre sí mismo.

provincial, comarcal, municipal o parroquial) con los objetivos que cada institución perseguía (mutualistas, médicos, beneficencia, culturales, recreativos, deportivos, etc.), los cuales, por lo demás, solían ser múltiples.⁵² Sin embargo, un aspecto que los distinguió del resto de los inmigrantes hispanos fue su propensión a la articulación organizativa en instituciones de ámbito *microterritorial*, es decir, referenciadas en espacios inferiores a la región o la provincia, que agrupaban a los naturales de una misma comarca, municipio o parroquia (esta última, hasta fechas recientes fue el marco más inmediato de relación social y organización comunitaria en el mundo rural gallego).⁵³ Entre 1904 y 1936 surgieron en Buenos Aires no menos de 348 de esas sociedades, un tercio de las cuales adoptó como ámbito de actuación la parroquia y más de la mitad, el municipio de origen.⁵⁴ A través de las relaciones personales gestadas o reafirmadas en su ámbito, de las conmemoraciones, actividades artísticas o recreativas, de sus órganos de expresión, etc., facilitaron la inserción social del inmigrante y, al intentar reproducir y/o mantener costumbres propias de la sociedad de origen, constituyeron su ámbito más visible de expresión y reforzamiento identitario. Sin embargo, la influencia del asociacionismo étnico no debe ser magnificada, pues nunca consiguió atraer hacia sí más que a una minoría de su clientela potencial, y porque, además, una proporción mayoritaria de los que se asociaron lo hicieron mucho más interesados en

⁵²Sobre el asociacionismo gallego en Buenos Aires, vid. Núñez Seixas (1998, 2014b).

⁵³Vid. Pazo Labrador, Santos Solla (1995).

⁵⁴Las últimas estimaciones indican 476 en todo el país entre 1901 y 1933. Vid. Caglio Vila, Peña Saavedra (2008).

los servicios que aquélla podía ofrecerles (atención médica, recreo, sociabilidad) que en las cuestiones simbólicas e identitarias.

Por otra parte, como estudiado Xosé Manoel Núñez Seixas (2014c), el fenómeno de la nacionalización de las masas ha sido enfocado, por lo general, desde un ángulo que otorga al Estado una importancia superlativa como creador de una identidad nacional y códigos culturales compartidos entre una población que, a su vez, es contemplada como una receptora pasiva. Sin embargo, la construcción de identidades (nacionales u otras) no siguen exclusivamente un proceso unidireccional de arriba abajo: la sociedad civil también posee capacidad de generación de propuestas identitarias. Por ejemplo, la difusión de una cultura nacional específica a través de los géneros literarios y artísticos que se convierten en objetos de consumo masivo, en combinación con rituales y formas de sociabilidad y ocio, constituyen una suerte de mecanismos de nacionalización informal. De tal modo, en el caso de los migrantes hispanos, además de la vía del análisis de sus organizaciones y asociaciones, del mensaje propagado a través de sus periódicos y revistas, de la actuación de las élites societarias y la política exterior española, o de la proyección de los partidos y movimientos actuantes en la península sobre sus colectividades en el extranjero, es factible aproximarse a las fiestas y a la sociabilidad emigrante como un indicador complementario de la convivencia y el conflicto de diferentes esferas de identificación colectiva. Junto al discurso explícito (presente en las revistas y publicística de la colectividad, tanto como en sus instituciones), las élites de la colectividad gallega buscaron irradiar sus mensajes a través de medios indirectos como la fiesta inmigrante, un tipo de acontecimiento en el que la colectividad podía reunirse y recrear su espacio social de origen (la misma dimensión es analizada,

aunque en otro contexto temporal y espacial, por el capítulo de Williams en este libro). Estableciendo una tipificación de los materiales culturales (musicales, literarios, teatrales y simbólicos) hallados en los programas festivos de las sociedades galaicas, Núñez Seixas los dividió en tres tipos: los “argentinos”, adoptados de la sociedad receptora; los genéricamente españoles (entendiendo por tales a los característicos de la cultura popular hispánica de la época, basada en la generalización de unos géneros canónicos representados a menudo por la tipificación de un rasgo regional, como el baile flamenco);⁵⁵ y los gallegos, expresados mayormente (en la canción o en el teatro) en idioma vernáculo, sea en clave costumbrista, sea en clave culta y de contenido más o menos influido por los postulados galleguistas.⁵⁶ Hasta mediados de la primera década del siglo XX, el peso de los referentes identitarios galaicos era relativamente bajo, mientras que la música “española” (pasodobles y zarzuelas, sobre todo) ocupaba buena parte de los programas, junto a un buen número de piezas de música clásica. En las representaciones teatrales, la preponderancia del teatro costumbrista, del género chico y del drama histórico español era abrumadora, aunque se hacía notar una lenta pero progresiva aparición de la comedia y del sainete argentinos, y una tímida presencia de obras teatrales en gallego. La razón de ello radicaría en el carácter tendencialmente elitista de esas celebraciones, pensadas para presentar una cara *respetable* ante la sociedad

⁵⁵Sobre la música española de consumo masivo, vid. Olguín (2013).

⁵⁶Se denomina *galleguismo* (*galeguismo*) al conjunto de ideologías que, en un amplio arco que va desde el regionalismo al nacionalismo en sus diferentes fases, coinciden en la afirmación de la personalidad y especificidad política y cultural de Galicia. Sobre su desarrollo histórico y traslación a las comunidades emigradas en América, vid. Beramendi, Núñez Seixas (1995).

argentina, que relegitimase a las élites de la colectividad (y, por extensión, al conjunto de ésta y sus descendientes) frente a los prejuicios existentes en el imaginario colectivo local.

La expansión de las fiestas gallegas en Buenos Aires llegó junto con la proliferación de asociaciones de inmigrantes de ámbito microterritorial.⁵⁷ Cada asociación incluía en su programa anual varias fiestas que se realizaban bajo techo, además de las romerías campestres celebradas en los meses de verano en las afueras de la ciudad. En ellas, la música clásica cedió su lugar a la zarzuela y al pasodoble, y proliferaron los grupos de gaitas y las parejas de baile gallego, de modo paralelo a la generalización del tango y de otros bailes *modernos* de influencia anglosajona, mientras en los escenarios irrumpían el género chico, el teatro costumbrista y el drama social. De tal modo, imperaba una ecléctica combinación de elementos de diversa procedencia cultural, donde se mezclaban géneros de consumo masivo con elementos folclóricos de origen rural, y motivos propios de la cultura burguesa con elementos más característicos de la obrera. Sin embargo, a pesar del relativo predominio durante la década de 1920 de la música moderna de influencia anglosajona y de las manifestaciones musicales consideradas típicamente hispánicas, algunas asociaciones comenzaron a introducir con más frecuencia y proporción en sus programas de fiestas música gallega, incluyendo piezas con cierto valor simbólico e identitario (como la *Alborada*, de Pascual Veiga, o el himno gallego). Esa evolución fue más notoria entre las adheridas a la Federación

⁵⁷Con todo, también las instituciones de alcance *macro* (regional) hubo reuniones en las que los que se hallaban presentes elementos propios de la cultura popular del mundo rural galaico. Es, por ejemplo, el caso de las “romerías gallegas” organizadas por el Centro Gallego de Barracas al Sud / Avellaneda entre 1901 y 1911. Ver Farías Iglesias (2010).

de Sociedades Gallegas, Agrarias y Culturales (FSG), donde, debido a la influencia de los sectores nacionalistas, los elementos identitarios exclusiva o predominantemente galaicos aumentaron sensiblemente, llegando por primera vez las obras de teatro en el idioma de Galicia o bilingües a superar en número de representaciones y veladas a las de teatro de autores españoles, mientras que se mantuvo –e incluso aumentó– el porcentaje de fiestas que incluían comedias y sainetes de autores y/o ambiente argentino. Esa tendencia se acentuó durante la siguiente década, sobre todo en las entidades pertenecientes al ala *galleguista* de la Federación, separada desde 1929 de aquellas de predominio socialista (a su vez aglutinadas en una nueva Federación de Asociaciones Gallegas de Buenos Aires). Así, al igual que en el caso de la música, se aceleró el proceso de galleguización de las fiestas y de las representaciones teatrales de una parte apreciable del tejido societario galaico de la capital argentina (y también distó de circunscribirse a las sociedades federadas), situando las obras en idioma gallego en un lugar preferente, hasta superar incluso en cantidad a las propias del teatro argentino. Se trataba, claro, de un teatro de consumo eminentemente popular, en el que predominaba la acción ambientada en medios rurales, realismo y dialectalismo en el idioma utilizado; las obras de teatro gallego culto tardaron bastante más en ser estrenadas en Buenos Aires (Núñez Seixas, 2014c).

Volviendo a las fiestas de las sociedades microterritoriales en su conjunto, sus programas eran modestos, la audiencia de clase media-baja y baja, y las orquestas y los cuadros dramáticos de precio asequible para las entidades organizadoras. A ellas concurría la mayor parte de los asociados, además de coterráneos de la comarca de origen en general. El objetivo de las veladas no era sólo la búsqueda del ocio,

sino que muchas veces también incluían conferencias formativas sobre los fines pedagógicos, sociales o políticos de las entidades galaicas; la evolución política de Galicia y España; los males que aquejarían a la tierra natal (el caciquismo, la Iglesia, etc.); o sobre diversos aspectos de la educación cívica y democrática. Las élites societarias intentaban fomentar, según su orientación, el espíritu de asociación, la solidaridad activa con la instrucción y la movilización agraria/anticaciquil de los convecinos residentes en Galicia, la conciencia de clase o la conciencia étnica diferencial del país. De tal modo, debían contribuir también a la educación de la colectividad, y la elección de las piezas musicales o de las obras de teatro formaba parte del propósito implícito de concienciación de aquella. No obstante, las reuniones también respondían a esquemas culturales en boga en su contexto próximo, tanto provenientes de las clases populares urbanas en general, como de la cultura tradicional campesina que habían sido trasplantados desde el país de origen (no sin sufrir un proceso de adaptación). El resultado fue un producto híbrido, de fronteras y propósitos simbólicos difusos, donde no abundó la voluntad explícita de adoctrinamiento, y en el que la adopción de los referentes básicos de la cultura popular española introdujo un elemento de relativa homogeneización, una “nacionalización mediante el ocio”, en parte identificada como la asunción consciente de una identidad española complementaria a otras (de clase, étnica, agraria o argentina). Porque, incluso si el proceso de galleguización de las fiestas durante los decenios de 1920 y 1930 fue notable, ello no significa necesariamente que la identidad galaica fuera percibida por el conjunto de la colectividad como una negación de la española: para muchos era más bien una exaltación del terruño natal como resumen de la patria, que la mayoría seguía con-

siderando que era España. Al mismo tiempo, sin embargo, ese discurso de nostalgia, de regreso a la región y al terruño, la revalorización del folclore y del teatro en idioma vernáculo, y la contraposición con otros sectores de la colectividad hispana, fue también una precondition favorable para la actuación de élites alternativas que, imbuidas de galleguismo, encontraron en la colectividad galaico-argentina un campo propicio para la difusión de sus ideales. El discurso público (y publicado) en revistas y libros dejaba traslucir el pensamiento de una élite donde los nacionalistas gallegos eran mayoritarios, que influía en la configuración de los programas de fiestas de sus entidades, pero sin que ello tradujese siempre una presión social desde la base. Con todo, es posible sostener que la galleguización de las fiestas fue paralela a un aumento del sentimiento galleguista entre la colectividad (Núñez Seixas, 2014c).

Luces y sombras del idioma galaico en la metrópoli porteña

La actitud frente a la lengua propia constituye otro importante indicador de los sentimientos de identidad colectiva que, en el caso de aquellos grupos que han experimentado un proceso migratorio, puede asociarse además con su voluntad de integración o marginalización en la sociedad receptora. Durante la primera mitad del siglo XX, la situación sociolingüística en Galicia revestía características singulares. Se trataba de un claro ejemplo de sociedad en la que una lengua (el castellano) era considerada habla de prestigio, culta y superior, reservándose su uso a los ámbitos “formales”, oficiales y altamente valorados (escuela, Iglesia, aparato del Estado, escritura, etc.), mientras que otra (el gallego) fue tildada de inferior, cargada con el estigma de ser propia de labradores incultos y limitada a los

ámbitos familiares e informales.⁵⁸ Debido a este conflicto *diglósico*, es probable que una buena proporción de los migrantes gallegos en Buenos Aires hubieran asumido la estigmatización de su idioma antes de abandonar Galicia.

Aunque, a inicios del siglo XX, la tasa de alfabetización era mayor entre quienes emigraban que en los que quedaban en su tierra de origen, eso no necesariamente significó un grado satisfactorio de “competencia lingüística” activa en castellano (Peña Saavedra, 1991). Teniendo en cuenta, además, que un alto porcentaje (en torno al 50%) regresaba a Galicia al cabo de algunos años, puede deducirse que el idioma gallego continuó vivo en la emigración (Núñez Seixas, 2002), situación que se mantuvo no sólo durante el primer tercio del siglo sino también tras el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando se verificó una nueva e importante oleada de migrantes de origen rural y mayoritariamente monolingües en gallego. Así, resulta factible pensar que el idioma continuó vivo en la metrópoli porteña, aunque fuese mayoritariamente como “lengua de solidaridad”, empleándose en el seno de las redes sociales informales y familiares, en las fiestas, en los momentos de esparcimiento en los centros y sociedades étnicas, etc. Sin duda representaba un lazo emocional con la tierra natal (la diglosia funcional asociaba y limitaba el uso escrito del gallego a la gastronomía y la diversión, junto con la evocación de la comarca de origen), pero, como no se le otorgaba mucha importancia en la lucha por aumentar el prestigio social y mejorar el status económico, muchos acabaron renunciando a su uso (Gugenberger, 2001), por lo que su utilización pública “formal” debió ser muy reducida, al igual

⁵⁸Acerca de la situación lingüística en Galicia, vid. Monteagudo (2001).

que en la comunicación epistolar. De hecho, cuando menos hasta la década de 1920, se encontraba prácticamente ausente de la documentación interna y de las memorias editadas por las asociaciones étnicas. Rara vez era empleado en público en los actos de la colectividad, y su uso en circunstancias “formales” causaba extrañeza a los ojos de una élite que prefería orientarlo a las funciones secundarias, “permitidas” y más o menos cómico-festivas. Además, a pesar de la aparentemente elevada endogamia de los migrantes, su transmisión inter-generacional se reducía drásticamente una vez que aquellos se asentaban definitivamente en el país (o al menos por un largo período de tiempo). Finalmente, aunque carecemos de estudios en profundidad sobre ello, es posible que durante la última oleada migratoria a la Argentina, protagonizada por personas que habían padecido la persecución del idioma por parte del franquismo pero también por exiliados y emigrados por razones políticas, se desarrollase un proceso doble y contradictorio: su empleo se resintió entre los emigrantes comunes, mientras los más concientizados lo incrementaban a través de sus actividades culturales y en las instituciones y órganos de difusión que llegaron a controlar.

Por otra parte, desde comienzos de la centuria, y sobre todo entre el inicio de la Guerra Civil Española y finales de la década de 1950, Buenos Aires ocupó un lugar capital en el universo de la cultura gallega. La prensa, el teatro culto (más elaborado temáticamente, depurado lingüísticamente y con contenidos acordes con la cosmovisión nacionalista), la radio, la producción literaria, etc., constituyeron durante esos años capítulos fundamentales, no sólo para el quehacer cultural gallego en Argentina, sino también, en ocasiones, para la producción

cultural galaica en general.⁵⁹ A manera de ejemplo, glosaremos brevemente lo acontecido con la prensa y la producción bibliográfica.

Hasta 1998 se había contabilizado la existencia de 111 cabeceras de prensa gallegas en el país (aunque es probable que la lista sea aún más extensa), que incluían boletines internos de las instituciones, revistas que ofrecían noticias de Galicia, sucesos y notas sobre los acontecimientos en el seno de la colectividad galaico-argentina, publicaciones puramente literarias, la prensa que difundía el ideario galleguista y/o de contenido político y partidario, etc. Los primeros periódicos con una tirada abundante y regular datan de la década de 1890, pero fue al despuntar el siglo XX cuando surgieron las cabeceras de mejor calidad y/o vida más dilatada. Sin menoscabo de otras muy relevantes, conviene reparar en tres de ellas, ya que lograron una importancia superlativa. *Galicia*, la revista del Centro Gallego de Buenos Aires (nacida en 1913 como *Boletín Oficial del Centro Gallego*), comenzó siendo un vehículo para informar sobre el quehacer institucional y los servicios de la entidad para luego devenir un fundamental medio de difusión de la cultura gallega, tanto por su masividad (cada socio recibía un ejemplar)⁶⁰ como por la calidad de sus materiales, entre los que sobresalían los artículos sobre pintura firmados por Luís Seoane, los de Ramón Otero Pedrayo sobre la historia de Galicia, los dibujos de Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, las notas sobre antropología y arqueología

⁵⁹La literatura sobre la cultura gallega en Buenos Aires es amplísima. Los datos que siguen fueron tomados de Axeitos, Seoane (1994), Alonso Montero (1995), Blanco Campaña (1995), Beramendi, Núñez Seixas (1995), Sixirei Paredes (1995), Peña Saavedra (1998), De Zuleta (1999), Schwarzstein (2001), Neira Vilas (2001), Cagiao Vila (2001), Mejía Ruiz (2011).

⁶⁰El Centro llegó a contar en 1959-1960 con 103.921 afiliados Vid. Cagiao Vila, Peña Saavedra (2008).

gallega, y los cuentos de Rafael Dieste. Las abundantes poesías, relatos, artículos periodísticos, fotografías, dibujos, noticias, etc., marcan su perfil cultural y su intención formadora. *Céltiga. Revista Gallega de Arte, Crítica, Literatura y Actualidades* (1924-1932) fue una extraordinaria publicación quincenal por cuyas páginas desfilaron los mayores intelectuales gallegos de la época (tanto de la Galicia “metropolitana” como de la expatriada), así como sus mejores artistas, y jugó un papel crucial en el proceso de afirmación y desarrollo de la cultura gallega entre las comunidades emigradas en América. Por último, *Galicia Emigrante* (1954-1959), criatura de Seoane y el último intento dentro del período analizado por crear una publicación de categoría, informativa, alejada de las crónicas de sociedades, inmersa plenamente en el debate sobre la situación y el futuro de Galicia, y dirigida a la emigración. Fue un capítulo esencial en la construcción del discurso progresista en la cultura galleguista de la posguerra, y en ella colaboraron los más acreditados escritores, artistas e intelectuales de la emigración y de la Galicia metropolitana.

Antes de la guerra de 1936, la comunidad galaica había generado escasas manifestaciones en idioma vernáculo. A partir de entonces, sus grandes personalidades literarias fueron los exiliados republicanos que llegaron desde el inicio del conflicto. Sin embargo, conviene no perder de vista que desde finales de la década de 1920 la influencia ideológica del nacionalismo, que despuntaba en Galicia con las *Irmandades da Fala* (1916), resultó decisiva para los cambios que respecto del idioma habrían de producirse en el seno de la colonia. Tuvo lugar por entonces un proceso decisivo para la defensa y afirmación de la lengua propia, que ganó espacio en la prensa étnica, parte de la cual se transformó en bilingüe, aunque en la mayoría de los casos el gallego

sólo apareciese en textos de creación literaria o de tipo doctrinario. De tal modo, los años que van de mediados de aquel decenio a 1940 constituyen el fundamento sobre el que actuarán los exiliados llegados durante y después de la contienda española, propulsando una serie de empresas políticas y culturales que acabaron por convertir a Buenos Aires en la capital intelectual de Galicia a lo largo de la quinta década del siglo, y en uno de sus centros más importantes en la sexta.

Debido a la represión franquista, durante el decenio de 1940 apenas se publicaron en Galicia libros en gallego, lo que provocó un hiato en su historia como lengua escrita, prolongado hasta 1950, cuando comenzó a aparecer el material de la novísima editorial Galaxia. Por el contrario, Buenos Aires era entonces el más importante polo cultural gallego del orbe, gracias a la labor desarrollada por exiliados de la envergadura de Castelao, Dieste, Xosé Núñez Búa, Xosé Otero Espasandín, Gumersindo Sánchez Guisande, Seoane, Ramón Suárez Picallo, Lorenzo Varela, etc., junto a los escritores gallegos que ya residían en la ciudad antes de julio de 1936, los intelectuales que emigraron por razones políticas tras el final de la guerra, los argentinos –descendientes de gallegos o no– que escribieron en la lengua galaica o apoyaron ciertas reivindicaciones galleguistas, y aquellos jóvenes que, educados en la Galicia franquista, se hicieron escritores al entrar en contacto con el tejido cultural gallego de Buenos Aires. Juntos protagonizaron un trabajo intelectual y editorial que puede ser aquilatado entre los más grandes capítulos de las letras y del pensamiento de la historia de Galicia. Para ilustrarlo, basta recordar la importancia superlativa de tres títulos escritos y/o publicados en Buenos Aires: *Sempre en Galiza*, de Castelao (1944), “Biblia” del pensamiento galleguista, *A esmorga* (1959), de Blanco Amor, obra fundamental de la

literatura galaica y su primera novela moderna, y *Memorias dun neno labrego*, de Neira Vilas (publicado en 1961), el libro más leído en la historia de aquella literatura (Vilavedra, 1999). En palabras de Xesús Alonso Montero (1995: 93), Buenos Aires fue entonces una verdadera “Atenas” para Galicia.

Seoane, cuya labor intelectual, artística y editorial resultó fundamental en esos años, en los que era imperativo salvar al gallego como lengua literaria e impresa, tuvo un plan editorial y un programa de publicaciones que era a la vez un programa de acción política. Advirtió que, desde julio de 1936, el gallego no tenía dimensión escrita culta en el territorio de su raíz, y concluyó que tal carencia podía ser muy grave para la consideración que en el futuro tuviesen las nuevas generaciones acerca de su propia lengua. Por ello se abocó a publicar libros en gallego, y también libros en castellano de autores y temática galaica, editando o reeditando para la minoría lectora de la colectividad en la ciudad porteña (y Montevideo), reimprimiendo ciertos textos con la esperanza de que llegaran a Galicia, publicando en la lengua de Castilla para acercar la cultura de su patria no sólo a quienes en el sur de América tenían dificultades para leer en su propia lengua, sino, sobre todo, a la intelectualidad argentina.⁶¹

Las primeras colecciones y editoriales galaicas surgieron en 1939, contando con la recurrente presencia de Seoane (y de Arturo Cuadrado, su eterno acompañante en tales empresas). Ese año nació Emecé, donde en 1940 consiguió editar dos colecciones de temas y

⁶¹La literatura específica sobre Seoane y su obra en Argentina es extensísima. Citaremos apenas los fundamentales trabajos de Axeitos, Seoane (1994), Axeitoset al (2007) y Villares (2011).

autores gallegos, “Dorna” y “Hórreo”. Después de la interrupción en la relación con dicha editorial creó Nova (1943), con sus colecciones “Pomba” y “Camino de Santiago”, y, tras el cierre de este sello, Botella al Mar (1948), la más universalista y cosmopolita de sus empresas editoriales, así como la más dilatada y persistente. Ya en la década de 1950 (tras la fundación de Galaxia), la edición de libros en gallego no tenía como único fin prestigiar al idioma mediante el recurso a la palabra impresa y culta. Sin embargo, dada la situación política peninsular, los escritores que en esa tierra querían hacer algo más que poesía neotrovadoresca o fabulación escapista, debieron recurrir a las plataformas editoriales porteñas para dar a conocer trabajos problemáticos o imposibles de publicar. Por entonces, y en paralelo a Botella al Mar, Seoane dio también vida a Citania (1957), donde vieron la luz obras altamente significativas para la literatura gallega.

Otros sellos editoriales contribuyeron también a la conservación y difusión de esa cultura diferenciada, de su idioma y –en muchos casos– también del ideal galleguista. La Federación de Sociedades Gallegas, por caso, había publicado en 1939 los libros de poesía *Poemas Gallegos*, de Rosalía de Castro, y *A gaita a falare. Lembranzas e maldicións*, de Ramón Rey Baltar, y una década después creó la Editorial Alborada. Un año más tarde (1950), el Centro Gallego de Buenos Aires dio origen a una sección editorial denominada Ediciones Galicia, que publicó múltiples volúmenes de importantes autores. Y existieron, además, numerosas iniciativas individuales y/o de corto aliento donde, en cualquier caso (como sucedió con las cabeceras de prensa, o el teatro y la radiofonía), sobresalió una mayoritaria defensa de la identidad de Galicia como pueblo diferenciado, y una vindicación permanente de

su historia y cultura. Gracias su labor, miles de hombres y mujeres de origen aldeano descubrieron en Argentina la personalidad diferencial de Galicia y de su cultura.

Españoles, gallegos, argentinos... ¿o todo a la vez?

Acabamos de exponer una serie de dinámicas sociales y de empresas culturales, a manera de insumos para pensar la identidad de los gallegos en Argentina. Corresponde ahora interrogarnos sobre el sentido de éstas. Sometidos a la acción simultánea de diferentes discursos identitarios ¿habrá primado entre esas personas la identificación con España, con Galicia o su parroquia o, por el contrario, se integraron en la sociedad receptora hasta el punto de considerarse argentinos? Partiendo de una mirada panhispánica y enfocada en el primer tercio del siglo XX, Núñez Seixas (2014c) sostiene que, en el caso de los migrantes españoles en América, durante el período crítico del éxito o del fracaso (en ambos casos relativo) del proceso de construcción nacional español, la dialéctica entre traslación de identidades desde el país de origen y construcción de otras nuevas en el país receptor es complicada, y más todavía en Argentina, donde convivían diversas nacionalidades inmigrantes, culturas y estímulos. ¿Cuál sería el bagaje identitario que llevaban consigo, máxime cuando una mayoría de ellos no tenía el castellano como primera lengua y provenían de regiones donde empezaban a desplegarse movimientos políticos y culturales que proyectaban construir una identidad nacional alternativa a la española? ¿Hasta qué punto, a través de la interacción con la sociedad receptora, otros colectivos migrantes y la recreación y reconstrucción del espacio social de origen, se produjo en la emigración una renacionalización (española) de esas personas? ¿Cuál fue el peso

de las identidades adquiridas, de las reformuladas a partir del recuerdo y la nostalgia, y de las reacciones frente a los prejuicios acerca del inmigrante reinantes en Argentina? ¿Cómo intuir, en fin, si expuestos también a otros discursos (como el de “clase”) no se identificaron más como obreros, trabajadores o parte del proletariado, que como miembros de un colectivo nacional, regional o étnico determinado? Desde luego, la cuestión no es menos compleja de limitamos al caso gallego. ¿En qué medida las dinámicas societarias, la naturaleza de las fiestas y de las empresas de comunicación y culturales que hemos glosado, expresan la aparición y/o el desarrollo de una conciencia étnica o nacional galaica en la emigración y el exilio argentino? ¿Acaso constriñen una u otra? ¿Hasta dónde hicieron posible que los migrantes descubriesen una identidad común, superadora del restringido marco de la parroquia, el municipio o la comarca de origen?

Las dificultades metodológicas para dar respuesta a estos interrogantes resultan evidentes. Si la nación, en tanto *comunidad imaginada*, es el fruto de imágenes compartidas por un colectivo humano determinado, la cuestión clave es cómo “medir” el alcance de dichos imaginarios. Desde luego, es relativamente sencillo verificar la existencia de los discursos (españolistas, galleguistas u otros), pero se vuelve hartamente complicado establecer el grado de penetración de esa armazón de ideas, proyectos e imágenes estereotipadas que conforman el discurso patriótico (sea el español, el gallego o el argentino) entre los sujetos anónimos que formaban el grueso de la comunidad galaica en el país. El valor que la élite y el conjunto de la *comunidad* inmigrante (y no sólo de la *colectividad*) atribuía a esos materiales culturales no era unívoco y, en pureza, sería pertinente preguntarse no sólo por el alcance de dichos discursos y prácticas, sino también cómo circulan

a través de los desniveles sociales. Después de todo, el migrante tiene un *background*, opera en una sociedad llena de elementos nuevos, y en él coexisten “identidades de geometría variable” (Núñez Seixas, 2015).

Aun así, es posible aventurar algunas respuestas. En primer lugar, concordamos en cuanto a que las fiestas y sus cambiantes características constituyen indicadores que deben tenerse en cuenta. Sin embargo, la constatación de la existencia de un proceso de “regalleguización” cultural en una parte apreciable del tejido societario galaico de Buenos Aires debe acompañarse de algunas matizaciones: sólo un cuarto de la comunidad gallega se habría asociado a alguna institución étnica; los estudios existentes –por lo demás, excelentes– se focalizan en un segmento del tejido asociativo (el microterritorial) donde más notoria resulta la proliferación de elementos que denotan el avance de una identidad gallega, siendo éstos, a su vez, más fácilmente perceptibles en las entidades militantes y/o permeadas por el ideario galleguista; es problemático calibrar hasta qué punto los asistentes a estas reuniones interiorizaban el mensaje identitario y simbólico que se quería difundir; un problema adicional es establecer en qué medida las fiestas étnicas eran el elemento más influyente en la conformación de la cosmovisión de los emigrantes dentro de la variada oferta cultural a la que podían recurrir, pues no sólo acudían a las fiestas étnicas, sino que también podían frecuentar (y así lo hacían) las de su barrio, las gremiales o sindicales, las veladas de otras colectividades inmigrantes, o simplemente los espectáculos culturales de masas que se popularizaron a comienzos del XX; por último, casi nada sabemos de la etapa que se abre en julio de 1936 y, sobre todo, tras el segundo conflicto mundial, cuando esas instituciones fueron mudando paulatinamente de signo político (de republicanas a “neutras”, cuando

no directamente franquistas), sea por la renovación producida en su base societaria como consecuencia de la llegada de una oleada de migrantes socializados bajo el franquismo, sea por la labor de infiltración promovida desde las representaciones diplomáticas del gobierno español en el país.

No obstante, parecidos reparos pueden señalarse sobre la incidencia de la prensa y la literatura gallega escrita y/o publicada en Buenos Aires, que –particularmente en el segundo caso– ganaron un ímpetu inusitado tras el comienzo de la guerra civil. Desconocemos cuánto de esa ingente producción circuló, fue consumida (o de qué modo) y eventualmente permeó a la comunidad galaica. Además, la última oleada migratoria gallega, tendencialmente más consustanciada que la anterior con el *autoodio* lingüístico gracias al rodillo cultural castellanizante y a la propaganda impuestos por el franquismo, hizo gala de una conducta diglósica evidente. Y sin bien no es lícito establecer una relación de causalidad según la cual del hecho de no continuar practicando uno o varios aspectos característicos del modo de vida originario (en este caso el idioma) se deduzca automáticamente la pérdida definitiva de la identidad étnica, resulta cuanto menos osado ignorar el hecho de que quienes deciden conscientemente ocultar o abandonar una lengua desprestigiada se privan de uno de los elementos más poderosos de afirmación identitaria que cualquier grupo humano posee.

Aunque de manera provisional, parece sensato afirmar que en la *colectividad* galaica (¿acaso en el conjunto de la *comunidad* gallega en el país?) coexistían una serie de identidades no necesariamente contradictorias o excluyentes entre sí: la identificación con la patria chica (a veces Galicia en su conjunto, pero también la parroquia de origen en

particular), con el conjunto de España o con la Argentina (tanto más fuerte cuanto más largo era el tiempo de residencia en el país y más numerosos los vínculos establecidos con la sociedad receptora). Del mismo modo, es probable que, al nivel de la conducta y los usos cotidianos, una prolongada permanencia en el lugar de emigración acabase por producir una inconsciente integración cultural (en sentido amplio). De ser así, la historia de los gallegos en la Argentina es también la de una continua simbiosis cultural. La forma en que las vidas de estas personas se entrelazaron con la sociedad que los acogió, en un proceso de integración cuyas múltiples aristas van más allá de los indicadores señalados páginas atrás, puede resumirse en el maravilloso testimonio de Carmen Sampedro (2000, pp. 116-24), cuya claridad justifica su extensión:

El desarraigo marcó a toda la familia. Durante mi infancia y adolescencia sólo escuché hablar de la aldea que se había dejado, sus personajes, sus anécdotas, las fiestas que se celebraban en cada época del año. Mamá y la abuela siguieron manteniendo muchas de esas tradiciones. (...) Éramos como un pequeño país encapsulado dentro de un enorme país que no nos pertenecía (...).

Los jóvenes habíamos venido de bebés o nacido en la Argentina pero no podíamos sentirnos porteños. Convivíamos con dos culturas: la de la calle, la de la escuela, y la de puertas adentro. Inconscientemente todos los hijos de inmigrantes fuimos haciendo la síntesis de nuestra identidad enriquecida por dos mundos (...).

A los setenta y dos años [mi madre] sigue fregando la ropa en una tabla (...). Nunca usó el lavarropas que le regalé cuando conseguí mi primer trabajo. Esa actitud desencadenó toda una crisis, porque recuerdo que en mi primera sesión con un psicoanalista, dije que

mi madre no usaba el lavarropas que yo le había regalado y me largué a llorar. Supongo que lloré por todo. (...). Y también por esa tenacidad de mi madre en seguir siendo diferente a pesar de tener muchísimos años más de argentina que de española. Hasta el día de hoy, cuando habla con sus nietos, pasa del gallego al castellano todo el tiempo mientras prepara platos como pulpo y bacalao. Nunca perdió su acento, aunque seguramente no se lo propuso de una manera consciente. Tampoco volvió a su aldea aunque pudo hacerlo. Siempre dijo, ante la propuesta, que ahora los afectos estaban acá, en este Buenos Aires que le llevó tanto tiempo terminar de aceptar. (...). Ya estaban los nietos en la América. Chicos argentinos, porteños. Y también estaban en Buenos Aires (...) otras raíces igualmente fuertes. Las radionovelas compartidas, la televisión, el cine, los avatares políticos, una misma lucha cotidiana y solidaria con las familias argentinas de los barrios que fueron habitando (...).

(...) Se iba asimilando “lo argentino” sin dejar de ser gallego (...). Sus fidelidades, al igual que su corazón, están divididos (...).

(...) Sigo sintiendo que no tengo una única nacionalidad. No soy argentina ni española. Soy ambas cosas (...). Es imposible desprenderse de las propias raíces en más de un sentido. Están siempre presentes en la mirada sobre las cosas, en la manera de vincularse, en la transmisión tenaz que sobrevive a los milagros de la cibernética y un mundo globalizado (...). Cuando pienso en la historia de mi familia, siempre está presente el dolor del desarraigo. Pero creo que todo ese dolor que sufrieron los mayores se vio compensado en la riqueza de esa otra identidad que nos transmitieron. Y ellos también supieron crecer acá, enriqueciéndose con otras costumbres, otros códigos.

Bibliografía

- Alonso Montero, X. (1995). *Lingua e cultura galega na Galicia emigrante*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Axeitos, X. L. et al (2007). *Buenos Aires. Escenarios de Luís Seoane*, A Coruña: Fundación Luís Seoane.
- Axeitos, X. y Seoane, X. (eds.) (1994). *Luís Seoane e o libro galego na Argentina (1937-1978)*, A Coruña: Deputación Provincial de A Coruña.
- Balsas, María Soledad (2013). “A imaxe dos inmigrantes galegos nos libros de texto arxentinos”, en *Revista Galega de Educación*, Nº 56, pp. 95-98.
- Beramendi, J. y Núñez Seixas, X. (1995), *O nacionalismo galego*, Vigo: Edicións A Nosa Terra.
- Bernasconi, A. y Frid, C. (eds.) (2006). *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Buenos Aires: Biblos.
- Blanco Campaña, X. L. (1995). *Radio e prensa na Galicia exterior*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Cagiao Vila, P. (2001). “Género y emigración: las mujeres inmigrantes gallegas en la Argentina”, en X. Núñez Seixas (ed.), *La Galicia Austral*, Buenos Aires: Biblos, pp.107-36.
- Cagiao Vila, P. y Peña Saavedra, V. (2008). *Nósmesmos. Asociacionismo galego na emigración - Asociacionismo gallego en la emigración*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.
- Campomar, M. (2009). *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid: Editorial Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset.
- De Zuleta, E. (1999). *Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Buenos Aires: Ediciones Atril.
- Duarte, A. (1998). *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Lleida: Editorial Milenio.
- Farías Iglesias, R. (2010). *La inmigración gallega en el sur del Gran Buenos Aires, 1869-1960*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

- García Sebastiani, M. (dir.) (2011). *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Gordon, M. (1964). *Assimilation in American Lyfe: The Role of Race, Religion and National Origins*, New York: Oxford University Press.
- Grimson, A. (1999). *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba.
- Gugenberger, E. (2001). “Identidad, conflicto lingüístico y asimilación: observaciones acerca de la lengua gallega en Buenos Aires”, en X. Núñez Seixas (ed.), *La Galicia Austral*, pp.251-77.
- Iglesias López, M.R. (2007). “Con las raíces al aire. La experiencia de las emigrantes gallegas a través de nueve protagonistas”, en R. Farías (comp.), *Buenos Aires Gallega. Inmigración, pasado y presente*, Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, pp.167-84.
- Lojo, M. R., Guidotti de Sánchez, M. y Farías, R. (2008). *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, A Coruña/Vigo: Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- Mejía Ruiz, C. (dir.) (2011). *Dos vidas y un exilio. Ramón de Valenzuela y M^a Victoria Villaverde. Estudio y Antología*, Madrid: Editorial Complutense.
- Monteagudo, H. (2001). “O idioma”, en V. F. Freixanes *et al*, *Galicia. Unha luz no Atlántico*, pp.108-153.
- Moreno Luzón, J. y Núñez Seixas, X. (eds.) (2013). *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona: RBA Libros.
- Moya, J. C. (2004). *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires: Emecé.
- Neira Vilas, X. (2001), *A cultura galega en Buenos Aires: 1950-1960*, A Coruña: Real Academia Galega.
- Núñez Seixas, X. M. (1995). “Os nacionalismos na Espanha contemporânea”, en *Análise Social*, N^o 13, pp. 489-526.

- Núñez Seixas, X. M.(ed.) (2001). *La Galicia austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.
- Núñez Seixas, X. M. (2002). *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, identidades e representacións dos galegos na Arxentina (1880-1940)*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- Núñez Seixas, X. M. (2007). “Galicia e Arxentina, Galicia na Arxentina”, en P. Cagiao Vila y X. M. Núñez Seixas, *Os galegos de ultramar. II. Galicia e o Río da Prata*, A Coruña: Arrecife Edicións Galegas, pp.11-152.
- Núñez Seixas, X. M.(2014). *Las patrias ausentes. Estudios sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960)*, Oviedo: Genuve Ediciones.
- Núñez Seixas, X. M.(2014a). “Españoles y ‘Gallegos’ en la Argentina del Primer Centenario”, en Id., *Las patrias ausentes*, pp. 215-40.
- Núñez Seixas, X. M.(2014b), “Redes sociales y asociacionismo: las ‘parroquias’ gallegas de Buenos Aires (1904-1936)”, en Id, *Las patrias ausentes*, pp. 335-59.
- Núñez Seixas, X. M.(2014c), “Gaitas y tangos: Las fiestas de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires (1890-1930)”, en Id., *Las patrias ausentes*, pp. 241-74.
- Núñez Seixas, X. M.(2015), “Imaginar España a través de la parroquia: La sociabilidad de los gallegos de América y sus jerarquías identitarias”, ponencia presentada en el *workshop* internacional “España fuera de España: Identidad nacional en la diáspora y el exilio, siglos XIX y XX”, Universidad Nacional de General Sarmiento, Partido de Malvinas Argentinas, República Argentina (13 de marzo de 2015).
- Pazo Labrador, A. y Santos Solla, X. M. (1995). *Población e territorio. As parroquias galegas nos últimos cen anos*, S/l, Difux.
- Peña Saavedra, V. (1991), *Éxodo, organización comunitaria e intervención escolar. La impronta socio-educativa de la emigración transoceánica en Galicia*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Peña Saavedra, V. (dir.) (1998), *Repertorio da prensa galega na emigración*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.

- Prado, G. H. (2008). *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid: CSIC.
- Quijada, M., Bernard, C. y Schneider, A. (2000). *Homogeneidad y Nación en un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid: CSIC.
- Schwarzstein, D. (2001). *Entre Franco y Perú: Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona: Crítica.
- Sampedro, C. (2000). *Madres e hijas. Historias de mujeres inmigrantes*, Buenos Aires: Planeta.
- Sixirei Paredes, C. (1995). *Galeguidade e cultura no exterior*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Vázquez González, A. (2011). “Algunhas precisións cuantitativas sobre a última vaga emigratoria galego-arxentina”, en N. De Cristóforis (Coord.), *Baixo o signo do franquismo: emigrantes e exiliados galegos na Arxentina*, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco Edicións, pp. 29-55.
- Vilanova Rodríguez, A. (1966). *Los gallegos en la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones Galicia.
- Vilavedra, D. (1999). *Historia da literatura galega*, Galaxia: Vigo.
- Villares, R. (2001). “Sobre a identidade histórica de Galicia”, en Víctor F. Freixanes et al, *Galicia. Unha luz no Atlántico*, pp. 46-107.
- Villares, R. (ed.) (2011). *Emigrante dun país soñado. Luís Seoane entre Galicia e Arxentina*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.